

deben otorgarse y graduarse con arreglo á los merecimientos y servicios de cada ciudadano, sin acepción de personas. Nunca á sabiendas faltaba Carlos III en este punto á los principios de la justicia distributiva y á las reglas establecidas de la administración. A tal extremo llevaba su severidad en esta materia, que nunca se empeñó con los ministros ni aun en favor de las personas mas predilectas de su servidumbre, por temor de perjudicar con su recomendación á otros mas meritorios, en menoscabo de la justicia y detrimento del servicio público. Refiérese á este propósito, entre otros muchos casos, el siguiente. Propúsole un día el ministro para un empleo á una de las personas que el rey estimaba mas. Preguntó Carlos al ministro si creía que realmente aquel sujeto estaba dotado de la aptitud y de las cualidades que el empleo requería, y como contestase afirmativamente, añadió el rey: «Mucho os agradezco que hayais pensado en este ascenso, pues aunque yo lo deseaba, por mi parte jamás me hubiera atrevido á solicitarlo (1).»

(1) El conde de Fernán Nuñez, que fué gentil-hombre de cámara de Carlos III, y despues embajador en varias cortes, dedica todo el capítulo último del Compendio que escribió de la vida de aquel monarca á la descripción de las cualidades y vida interior del rey Carlos. Así es que cuenta, como quien lo veía diariamente, varias anécdotas y multitud de curiosos pormenores é individualidades, así del carácter como del sistema de vida de este monarca, que no carecen de cierto interés, por su singularidad. Despues de describir su afabilidad hasta con las gentes mas humildes, su genio jovial y hasta chancero, su propensión á remedar á otros, que hacia con gracia, su manera de vestir de diario, de gala y de campo, su modo de hablar con los gentiles-hombres, mayordomos y hasta los criados inferiores, las diversiones á que tenia mas afición, etc., dice hablando de su inalterable y rutinario método de vida:

Su distribución diaria era esta todo el año. A las seis entraba á despertarle su ayuda de cámara favorito don Alverico Pini, hombre honrado, que dormía en la pieza inmediata á la suya. Se vestía, rezaba un cuarto de hora, y estaba solo ocupado en su cuarto interior hasta las siete menos diez minutos, que entraba el sumiller duque de Losada. A las siete en punto, que era la hora que daba para vestirse, salía á la cámara, donde le esperaban los dos gentiles-hombres de guardia y media guardia y sus ayudas de cámara. Se lavaba y tomaba chocolate, y cuando habia acabado la espuma, entraba en puntillas con la chocolatera su repostero antiguo llamado Silvestre, que habia traído de Nápoles, y como si viniera á hacer algun contrabando le llenaba de nuevo la jicara, y siempre hablaba S. M. algo con este criado antiguo. Al tiempo de vestirse y del chocolate, asistían los médicos, cirujano y boticario, segun costumbre, con los cuales tenia conversacion. Oía la misa, pasaba á ver á sus hijos, y á las ocho estaba ya de vuelta, y se encerraba á trabajar solo hasta las once el día que no habia despacho. A esta hora venían á su cuarto sus hijos, pasaba con ellos un rato, y luego otro con su confesor y el presidente conde de Aranda, mientras lo fué, y á veces con algun ministro.—Salía despues á la cámara, donde estaban esperando los embajadores de Francia y Nápoles, y despues de hablarles un rato hacia una seña al general de cámara, que mandaba al ujier llamase á los cardenales y embajadores, que se unían á los de familia, y quedaba con todos un rato. Pasaba á comer en público, hablando á unos y á otros durante la mesa. Concluida esta, se hacían las presentaciones de los extranjeros, y besaban la mano los del país, que tenían motivo de hacerlo por gracia, llegada ó despedida. Volvía á entrar en la cámara, donde estaban los embajadores y cardenales que antes, y además de estos los ministros residentes y demás miembros del cuerpo diplomático, con quienes pasaba á veces media hora en cerco. He oído decir á todos y lo he confirmado yo mismo en mis viajes, que ningun soberano de Europa tenia mejor el cerco, con mas amenidad, majestad y agrado, lo cual es tanto mas difícil, que siendo diario parece no tenia que decirles.—Despues de comer dormía la siesta, en verano, pero no en invierno, y salía luego á caza hasta la noche, primero con su hermano el infante don Luis, y despues con el príncipe de Asturias su hijo. Al volver del campo le esperaba la princesa y toda la familia real. Se contaba y repartía la caza, hablaba de lo que cada infante habia hecho por su lado, y despedidos los hijos, daba el santo y la orden para el otro día, y pasaba al cuarto de sus nietos. Despues venía al despacho, y si entre este y la cena, que era á las nueve y media, quedaba algun rato, jugaba al revesino para ocuparle... Cenaba siempre una misma cosa, su sopa, un pedazo de asado, que regularmente era de ternera, un huevo fresco, ensalada con agua, azúcar y vinagre, y una copa de vino de Canarias, dulce, en que mojabá dos pedacitos de miga de pan tostado, y bebía el resto. Le ponían siempre un gran plato de rosquillas cubiertas de azúcar, y un plato de frutas verdes de las que habia, pero á la mitad de la cena venían los perros de caza como tantas furias... etc.»

Despues de detenerse en pormenores de esta especie, continúa el biógrafo: «Despues de la cena rezaba otro cuarto de hora ó veinte minutos antes de recogerse, y luego salía á la cámara, se desnudaba, daba la hora

Si bien se reconoce igualmente el amor de este monarca á sus pueblos, y su celo por todo lo que creía conveniente al bien y á la prosperidad pública, que es sin disputa la primera y mas relevante cualidad del jefe de un Estado; si no hay tampoco quien desconozca su tacto y buen sentido para la elección de ministros y consejeros, así como su constancia y firmeza en mantener á su lado aquellos en quienes una vez habia depositado su confianza, condicion tambien de las mas excelentes, y en verdad, no comun en los príncipes; si todos suenan acordes en punto á elogiar su afabilidad y su jovial y bondadoso carácter, no lo están tanto en lo que respecta á graduar la capacidad, el talento y la ilustracion de aquel soberano. Sin embargo, estudiando su conducta y su manejo de rey, aun mas que sus acciones de hombre, es imposible explicar bien aquella sin reconocerle por lo menos una buena dosis de inteligencia clara, de recto sentido, de buena penetracion, y aun la bastante instruccion para poder valorar las razones de aquellos á quienes pedia consejo. Así le juzgan tambien los que mejor pudieron conocerle. «Sus cualidades intelectuales y morales eran excelentes,» dice un escritor extranjero, pero que le trató y conoció muy de cerca. «Aun cuando Carlos III, dice otro historiador de otra nacion, no haya dejado memoria de un talento muy superior, se le concede generalmente sana razon y mucha bondad.... No carecía ni de tacto ni de experiencia para el despacho de los negocios....» Su mente clara ensalza todos los historiadores españoles del pasado y del presente siglo (2).

Nosotros nos afirmamos en el juicio que anticipamos en nuestro Discurso Preliminar. «Si el talento de Carlos, dijimos entonces, no rayó en el mas alto punto de la escala de las inteligencias, tuvo por lo menos razon clara, sano juicio, intencion recta, desinterés loable, ciego amor á la justicia, solicitud paternal, religiosidad indestructible, firmeza y perseverancia en las resoluciones. Si le hubiera faltado grandeza propia, diérasela y no pequeña el tacto con que supo rodearse de hombres eminentes, el tino de haber encomendado á los varones mas esclarecidos y á las mas altas capacidades de su tiempo, y puesto en las mas hábiles manos la administración y el gobierno de la monarquía.»

Dadas estas noticias del carácter y prendas personales de Carlos III, pasaremos á bosquejar el estado social de la nacion española en su célebre reinado.

CAPITULO XXI

España en el reinado de Carlos III

I

Que la nacion española recobró gran parte de la consideracion é importancia que habia tenido en el mundo, que progresó admirablemente en civilizacion y en cultura, que mejoró de un modo prodigioso su régimen administrativo en el reinado de Carlos III de Borbon, cosa es universalmente reconocida y por nadie negada. Por merecedor del título de Grande, es generalmente reputado este príncipe, y de glorioso para España califican su reinado aun los que no son españoles, y nosotros no hemos ocultado desde la introduccion á esta historia que formábamos coro con sus encomiadores. Y sin embargo no nos proponemos ser sus panegiristas: sus virtudes y sus defectos, los aciertos y los errores de su gobierno y de su política, las prosperidades ó los infortunios que produjeron, los hechos brillantes, como los que carecieran de gloria en su reinado, todos serán juzgados con la severa imparcialidad que creemos llevar de muy atrás acreditada, y que no abandonaremos, antes haremos especial estudio en mantenerla y guardarla en las épocas en que es mas necesaria y mas difícil, en las que se van aproximando ya á la nuestra.

al gentil-hombre para las siete del día siguiente, se retiraba con el sumiller y se metía en la cama. Esta era conocida la vida de este santo monarca... etc.»—Nos creemos dispensados de copiar otros muchos pormenores en que se extiende este ilustre y agradecido servidor.

(2) Beccatini, Fernán Nuñez, William Coxe, Muriel, Azara, Cabarrás, Jovellanos, Gaetani, Ferrer del Rio, y cuantos de él en su tiempo y en los posteriores han escrito.

Carlos III no encontró la España en la abyeccion deplorable en que la halló Isabel I de Castilla, ni en el lastimoso abatimiento en que yacía cuando vino á ocupar el trono su padre Felipe V. Prendas y dotes tenia Carlos III para haber sacado la nacion de aquella situacion miserable, si tal hubiera sido; pero tuvo la fortuna de encontrarla ya en la vía de la regeneracion y del engrandecimiento, en que su padre y su hermano la habian colocado segun al final del libro VII tuvimos cuidado de advertir. Cuando Carlos heredó el trono español, no era tampoco un jóven inexperto como Isabel la Católica ó como el nieto de Luis XIV, sino un príncipe de edad madura, hecho á llevar corona y acostumbrado á manejar el cetro por espacio de muchos años en Parma y en las Dos Sicilias. No habia quien le disputara la herencia, ni tenia que temer guerra de sucesion, como despues de la muerte de Enrique IV de Castilla y de Carlos II de Austria. Circunstancias eran todas estas que colocaban á Carlos III en favorable aptitud y ventajosa posicion para consagrarse desde el principio á labrar la prosperidad de sus reinos. No es esto rebajar el merecimiento de sus actos, es definir una situacion, para eslabonarla con la que le sucedió, y poder valorar convenientemente la una por la otra.

En esté como en todos los períodos históricos la condicion de un pueblo depende del sistema político de los que rigen el Estado, así en lo exterior como en lo interior, cuyas dos políticas á veces marchan en acorde consonancia, á las veces puede ser tan acertada y provechosa la una como errada y funesta la otra, á las veces tambien prevalece en ambas un laudable acierto sin estar exentas de errores. El reinado de Carlos III es uno de aquellos en que cabe bien considerar separadamente las dos políticas, no obstante la natural cohesion que tienen siempre entre sí. Primeramente nos haremos cargo de la situacion en que colocó á España relativamente á las demás potencias su sistema de política exterior, con lo cual podremos despues juzgar mas desembarazadamente del estado interior de la monarquía, parte principal y la mas gloriosa de este reinado.

Trece años llevaba España reposando digna, majestuosa y tranquilamente de sus pasadas luchas seculares, respetada y considerada fuera, reponiéndose y prosperando dentro, manteniendo noblemente su independencia, sin mezclarse en contiendas extrañas, merced al juicioso y discreto sistema de neutralidad, tan hábil y constantemente seguido por Fernando VI, cuando vino el tercer Carlos de Borbon á regir la nacion española, tal como se la transmitieron su padre y su hermano. Al año y medio de su venida la nacion que descansaba como una matrona de todos acariciada y hasta envidiada, vuelve á armarse de caso y escudo como la diosa de la guerra, y trueca las dulzuras de la tranquilidad por la amarga agitacion de las luchas armadas, y los hombres, y las naves, y la sangre y las riquezas de España son sacrificadas otra vez en el antiguo y en el nuevo mundo á un sentimiento de corazon, á un afecto de familia, á un arranque de inveterado enojo, y á un error de cálculo. Las primeras consecuencias de esta belicosa resolucion no debieron ciertamente ni lisonjear á Carlos III ni envanecer al ministro que negoció el Pacto de Familia, origen y causa de la guerra. ¿Qué significaban, ni cómo podían halagar el orgullo de una nacion grande, la invasion de Portugal, los fáciles triunfos de las armas españolas en el pequeño reino lusitano, la toma de Almeida, el espanto de Lisboa, y aun la conquista de la colonia portuguesa del Sacramento, si entre tanto los ingleses nos arrebataban las dos joyas de nuestras posesiones de allende los mares, los dos inapreciables emporios de las Antillas y de las Filipinas? Y si á los dos años, por la paz de Paris, nos fueron restituidas la Habana y Manila, como nosotros tuvimos que restituir la colonia del Sacramento, ya no pudo remediarse la pérdida de muchos hombres, de no pocos navios y riquísimas fragatas, el gasto de doce millones de duros, la cesion de la Florida, los daños de nuestro comercio, la importancia marítima que cobró Inglaterra, y los compromisos ulteriores en que, no obstante la paz de Paris, nos dejaba envueltos aquel pacto.

Si impolítico é inconveniente fué apartarse del sistema de neutralidad de Fernando VI, cuando ningun peligro había en

mantenerle, y sí muchos en abandonarle, lo fué mucho mas por la manera como se hizo el desdichado convenio, que en el hecho de llamarse *de familia* llevaba inoculado en sí un vicio de origen, que como todos los de esta especie encerraba el germen de peligrosas derivaciones. Lo fué por haber ligado impremeditadamente la suerte de la nacion española á la de otra potencia en lo exterior amenazada y en lo interior decaída; cuando España era mas fuerte, y no necesitaba de Francia, ni tenia por qué temer á Inglaterra, y cuando Francia temía á Inglaterra, y necesitaba de España. Así no es de extrañar que el ministro Choiseul dijera envanecido, que este tratado era el mas honroso de su ministerio; ni es tampoco extraño que el rey de España premiara con el toison de oro al negociador francés, puesto que creía haber logrado una transaccion ventajosa.

¿Qué fué lo que alucinó á Carlos III para empeñarse en tan lastimoso compromiso? Para nosotros (en otra parte lo hemos indicado ya), ni todo fué sentimiento de corazon y afecto de familia, ni todo afán de vengar una humillacion recibida de Inglaterra: hubo, sí, de uno y de otro; pero tambien le impulsó el noble y patriótico designio de quebrantar la pujanza y abatir la soberbia de la nacion que habia arrancado á España y se negaba á restituírle las dos mas fuertes é importantes plazas marítimas, Gibraltar y Mahon. No se habian apagado todavia en Carlos los fuegos de la juventud, y el que habia ganado las coronas de Nápoles y de Sicilia con los triunfos militares de Bitonto y de Velletri, se dejó llevar mas de los halagüenos recuerdos de aquellas victorias que del ejemplo de la apacible respetabilidad de su hermano, y no haciendo la conveniente diferencia de épocas y situaciones, el ardor bélico, que fué plausible y heroico cuando era duque de Parma y legítimo aspirante al trono de las Dos Sicilias, fué imprudente y funesto cuando era soberano pacífico de las Españas.

Germen de largas y peligrosas derivaciones hemos apellidado aquel convenio. Y éralo tanto mas, cuanto que uno de los contratantes era un cumplidor esclavo de sus palabras y de sus compromisos, cualidad que distinguía á Carlos III, mientras que de otro lado estaba léjos de poder contarse con la misma escrupulosidad, que no era esta la virtud que caracterizaba á Luis XV y á su ministro, cuando se atravesaba el interés particular de la Francia. Pronto se vió resaltar esta diferencia en la cuestion de las islas Maluinas. Si el monarca y el gobierno francés, que tan firmes y tan vigorosos se mostraron en no soltar la isla de Córcega de que acababan de apoderarse, hubieran estado igualmente enérgicos en ayudar á los españoles á conservar las de Falkland de que habian arrojado á los ingleses, ni estos las habrían recobrado, ni el embajador español en Londres hubiera tenido que hacer ante el gabinete británico la vergonzosa desaprobacion de la conducta del general que conquistó las Maluinas de orden y á nombre de Carlos III. La conciencia de Carlos debió sublevarse, como se sublevó la altivez española, cuando Luis XV le dijo: *Mi ministro quiere la guerra, yo no la quiero*. Pues qué, ¿bastaba no quererla cuando le obligaba el Pacto de Familia, siempre que fuese requerido, «sin que bajo pretexto alguno pudiera eludir la mas pronta y perfecta ejecucion del empeño?» De bueno se pasó en esta ocasion Carlos de España: con razon censuró el pueblo su excesiva condescendencia y debilidad, y lo peor fué que su pasion de familia fué mas fuerte que la leccion de este escarmiento, y que olvidado de ella, y no considerándose, como debió, desligado de los compromisos del Pacto, envolvióse mas adelante en ellos, arrojando todas sus consecuencias.

Sensible nos es no poder absolver á Carlos III de las que debió calcular que podría producir á España la parte activa que tomó en la emancipacion de las colonias inglesas de la América del Norte; y sentimos igualmente no poder dejar de reconocer en la nueva guerra con la Gran Bretaña otra funesta derivacion del Pacto de Familia, por mas que un moderno historiador de este reinado, llevado del buen deseo de sincerar á Carlos de este cargo, haga esfuerzos de ingenio para persuadir de que si otra vez fueron á pelear juntos españoles y franceses, no era ya en virtud de aquel pacto, que se podia tener por caducado, aun cuando no se hubiese roto.

Cierto es que había tomado ya gran cuerpo y se ostentaba imponente la insurrección de los norte-americanos contra el gobierno de su metrópoli; que Francia la fomentaba abiertamente; que Luis XVI protegía la emancipación de los Estados Unidos; que el embajador francés en Madrid trabajaba con ardor por arrastrar á España á que luchase con Francia contra Inglaterra y en favor de la independencia de las colonias, invocando el Pacto de Familia, y que todavía Carlos III rechazaba la idea de un rompimiento con la Gran Bretaña, y que el ministro Floridablanca desaprobaba el pensamiento de la corte de Versalles y resistía á las excitaciones de Vergennes, y que rehuyó cuanto pudo ligar otra vez la suerte de una nación libre á la de una nación comprometida, y que pugnó por hacer prevalecer el prudentísimo plan de enviar fuerzas de mar y tierra á nuestras colonias para asegurarlas de todo peligro ó insulto, y ponernos en aptitud de sacar el mejor partido posible de cualquier negociación. Verdad es también que al principio se presentó Francia sola en la lucha como protectora abierta de la emancipación de los Estados Unidos, y que Carlos III de España se limitó por algún tiempo á desempeñar el honroso y noble papel de mediador entre las dos potencias rivales, nuevamente solicitada y acariciada la corte española por ingleses y franceses como en los buenos días de Fernando VI.

Pero al fin cambia otra vez Carlos III la oliva por la espada, y el conciliador se trueca en guerrero, y otra vez se unen los ejércitos y las escuadras de los dos Borbones contra la única potencia marítima que podía poner en peligro las inmensas posesiones de España en el Nuevo Mundo, ¿para qué? para favorecer la rebelión y promover la independencia de ajenas colonias, sin mirar que no podía recoger frutos de obediencia y sumisión en propias pertenencias quien sembraba y cultivaba la insurrección en las extrañas. ¿Fueron las desabridas respuestas del gabinete de Londres á las proposiciones de acomodamiento, y los insultos de sus marinos al pabellón español los que lanzaron á Carlos á correr los azares de otra guerra, ó fueron sus encarnadas afecciones de familia, y su antiguo y no satisfecho ni apagado encono contra la Gran Bretaña, sobreexcitado con los magníficos planes de guerra sugeridos por la ardiente imaginación del impetuoso conde de Aranda, representándole como fácil un golpe súbito de invasión, y como infalible la conquista de Inglaterra con otra armada mas invencible todavía que la tan célebre como desafortunada de Felipe II?

Era la segunda vez que el de Aranda aconsejaba con el natural ardimiento de su carácter la guerra contra aquella potencia. Pero hombre al propio tiempo de talento clarísimo, español y patriota como pocos, y muy previsor en política, había de ser también el primero que comprendiera las consecuencias graves que había de traer á España su no bien meditado consejo y la resolución precipitada del rey, y el primero que con arrepentimiento había de predecir al monarca la desmembración de las colonias españolas en un plazo mas ó menos lejano, á imitación y ejemplo de la que se había fomentado en las inglesas. Confesamos que la guerra fué popular en España, y que pueblos é individuos, clero, grandeza, corporaciones y particulares, hicieron espontáneamente esfuerzos y sacrificios infinitos para sostenerla. Comprendemos estos arranques patrióticos de entusiasmo nacional, y aun los aplaudimos, siquiera nazcan de esperanzas quiméricas ó de equivocados fundamentos. Culpamos de estos errores solamente á los hombres de Estado, á quienes cumple prever las consecuencias de los compromisos, y dirigir convenientemente la opinión y los sentimientos de los pueblos.

No se hizo esperar mucho el desengaño de aquellas ilusiones. Desde el puerto de Brest vió con sus propios ojos el conde de Aranda disiparse como una nube de humo el gran proyecto de desembarque, y de invasión y ocupación de Inglaterra. Las escuadras combinadas que habían partido ostentando omnipotencia volvieron moviendo á compasión, y al cabo de dos siglos se vió reproducido el desastre de la Invenible. Sin tiempo para consolarse de este infortunio recibe Carlos III la nueva de la gloriosa y funesta catástrofe de nuestra escuadra en las aguas de Gibraltar: gloriosa por el herois-

mo con que se defendieron nuestros marinos y que asombró al vencedor Rodney; funesta por la lastimosa destrucción de nuestras naves. En ambos casos, mas que las fuerzas británicas pelearon contra nosotros los elementos, y mas que el poder naval de Inglaterra nos dañó la vacilación ó el descuido, dado que otro nombre no mereciera, de la Francia. Si Orville se hubiera conducido delante de Plimouth con la resolución de Lángara en el cabo Trafalgar, y si los navios franceses de Brest se hubieran unido oportunamente, como debían, á los españoles en el Estrecho, ni allí Hardy ni aquí Rodney habrían gozado, el uno con la desastrosa retirada de las escuadras borbónicas, el otro con la destrucción de la flota de España. Carlos III vió en estos dos contratiempos lo bastante para no fiarse tanto de Francia y no asentir á su empeño de intentar otro desembarco en Inglaterra, pero no sospechaba que pudieran ser avisos providenciales para que meditara en las consecuencias de la nueva lucha en que se había comprometido.

Mucho le consoló en su pesadumbre la noticia de la gran presa que hizo don Luis de Córdoba á los ingleses en las Azores, y las que de las Indias Occidentales iban llegando de los triunfos que en Honduras y la Florida alcanzaban los dos Galvez, padre é hijo, presidente de Guatemala el uno, gobernador de la Luisiana el otro: que allá en el Nuevo Mundo favorecía la suerte de las armas y sopló mejor fortuna á los españoles en sus empresas que en Europa, bien que no sin que con los laureles y las conquistas se mezclaran calamidades, desastres é infortunios, de aquellos que suelen ser inseparables de las operaciones militares y de las empresas marítimas en climas malsanos, y que no alcanza á evitar ninguna previsión ni precaución humana. No puede negarse que la sumisión de la Florida y la expulsión de los ingleses del golfo de Honduras fueron gloriosas para aquellos intrépidos españoles.

Digna fué también de todo elogio la conducta que acá observó el gobierno español en las negociaciones que se entablaron para la paz. Habilísimo estuvo Floridablanca, y con mañosísima destreza supo sortear las capciosas insinuaciones de la diplomacia inglesa. Ni las lisonjeras cartas de Hillborough le fascinaron, ni las artificiosas insinuaciones de lord North al presbítero Hussey y al secretario Cumberland le sorprendieron, y el gabinete británico pudo convencerse de que negociaba con quien le comprendía. Honra será siempre de Carlos III y de su primer ministro la insistencia en exigir como condición precisa para todo ajuste la restitución de Gibraltar. No hacemos cargo alguno á Inglaterra por su tenacidad en no querer soltar aquella plaza: aconsejábalo así su interés, y tenía razón en lo que decía á ese propósito lord Stormont; censuramos solamente la estudiada ambigüedad de sus proposiciones. Aunque se frustraron estos tratos, logró Floridablanca uno de sus principales fines, el de obligar á la Francia, por temor de quedarse sola, á salir de su tibieza y á cooperar eficazmente á los planes de España, y especialmente á la expedición contra la Jamaica que se había proyectado.

¿Y cómo no reconocer el mérito del ministro español por la principalísima parte que tuvo en el célebre sistema europeo de la *Neutralidad armada*? Dado que este sistema no diera los resultados que el nombre y el ruido hicieran esperar, ¿fué poco lauro para Carlos III y para Floridablanca haber ganado por la mano á Inglaterra en atraerse la disputada amistad de Rusia, haber influido en la promulgación del código marítimo de Catalina II, en la adhesión de Suecia, Dinamarca, Prusia, Francia, Nápoles, Venecia y Holanda al Manifiesto de la zarina, y en el aislamiento político y mercantil de Inglaterra de todas las potencias de Europa? Dos naciones se elevaron y engrandecieron con el principio de neutralidad, España é Inglaterra, las dos por opuestas vías; España influyendo en la política general de Europa y promoviendo una gran confederación como en los tiempos de su mayor pujanza y poderío; Inglaterra dando al mundo un testimonio de su grande aliento, cuando aislada de todas las naciones, exteriormente desairada y sola, interiormente devorada por los partidos, teniendo que derramar sus fuerzas por ambos hemisferios, casi expulsada de las Indias Occidentales y poco menos que ven-

cida por sus colonias, tuvo empuje para declarar la guerra á Holanda y bríos para pelear sola en todas partes. Hay que hacer justicia al espíritu, á la perseverancia, á la imperturbable impavidez de la nación británica.

La reclamamos también para nuestra nación en la reconquista de Menorca, el fruto mayor que sacó España de estas guerras. La concepción del plan, su desarrollo, el secreto con que se condujo, la marcha, el ataque, todo fué admirablemente combinado y ejecutado. El rey, el primer ministro, el enviado á explorar los ánimos de los isleños, el general en jefe de la expedición, capitanes, marinos y soldados, españoles y franceses, y hasta el general inglés que gobernaba á Mahon y quedó vencido, todos llenaron su deber en esta gloriosa empresa. Crillon y Murray compitieron en valor y galantería. Aquellos isleños enloquecían de encontrarse otra vez españoles al cabo de setenta y cuatro años de estar sujetos á hombres que no hablaban su lengua. Fundado y justo fué el regocijo de toda España, y Carlos III vió cumplido uno de los dos objetos en que tenía constantemente clavado y fijo su pensamiento, en que cifraba su mas ardiente deseo y su mas vehemente afán.

No plugo á la Providencia complacerle en lo que anhelaba todavía con mas vehemencia y ardor, en la recuperación de Gibraltar. A la Providencia decimos, porque solo acudiendo á sus altos inescrutables fines puede el humano entendimiento resignarse á no poder explicar ni comprender cómo ochenta años de continuados esfuerzos y de gigantescos sacrificios no bastaron á España á reparar la pérdida de una hora desgraciada. La de un mundo entero nos ha sido menos costosa y menos funesta que la de esa enorme y descarnada roca enclavada en nuestro propio suelo, para ser torcedor y mortificación de un pueblo bizarro, altivo y pendoroso, desde el momento fatal que pasó á extraño dominio, Dios sabe hasta cuándo. Manejos diplomáticos hábilmente conducidos, promesas solemnes con frecuencia arrancadas, tratados y convenios sobre la base de la restitución cimentados, cambios y equivalencias ofrecidas, largos y costosos bloqueos con perseverancia sostenidos, sitios y ataques dirigidos con inteligencia y dados con asombroso valor, caudales con profusión empleados y sin cortedad consumidos, escuadras poderosas, y numerosos y aguerridos ejércitos de tierra regidos por generales de fama y por almirantes renombrados, famosas batallas campales y combates navales maravillosamente heroicos, hasta el último y mas prodigioso esfuerzo del ingenio del hombre y del poder de una nación, el de las baterías flotantes, todos los medios que esta nación, señora de dos mundos, empleó por cerca de ochenta años, diplomacia, ofertas, conciertos, cambios, bloqueos, sitios, caudales, ejércitos, escuadras, artificios, inventos, combates, todo se estrelló contra ese fatídico Peñón, cuyo circuito marítimo y terrestre parecía destinado para sepulcro de hombres y naves españolas. El mismo conquistador de Mahon vió palidecer ante Gibraltar las hojas del laurel de su recién ganada corona, y Carlos III tuvo que resignarse á aceptar la paz sin la devolución de su ansiada plaza: cedióle varios territorios en el Nuevo Mundo, y no pudo recobrar una peña en su propio reino. No le inculpamos ni por su obstinado empeño, ni por el resultado infausto que tuvo: el empeño era patriótico y honroso; del resultado ¿quién podía responder? Gibraltar permaneció, como permanece, en poder de ingleses. Repetimos aquí lo que hemos dicho en otra parte. «Si todavía partes integrantes de la península ibérica continúan como destacadas de este recinto geográfico, cosa es que si debe apenarnos, no debe hacernos desesperar. Aun no se ha cumplido el destino de esta nación; si no puede ser condición de su vida propia y especial ser dominadora de naciones, tampoco puede serlo de otras dominar dentro de las cordilleras y de los mares que ciñen su suelo. Tenemos fe, ya que no podamos tener evidencia de este principio histórico.»

Cuando hemos calificado de poco acertada la política de Carlos, y de precipitada su resolución de envolverse en nuevas guerras con la nación británica y de ayudar á Francia contra ella, favoreciendo de este modo la insurrección y la independencia de las colonias norte-americanas, no hemos

querido significar ni que aquellas luchas no fueran sostenidas con honra, ni que de la paz dejara de salir aventajada España. Con honra grande, si bien con dolorosos sacrificios, con gloria no escasa, si bien con harto gravámen del erario y sensible aumento de la deuda pública, fueron sostenidas aquellas guerras. Y en cuanto á las condiciones de la paz, ¿para qué ponderarlas nosotros cuando los extranjeros la han llamado «la mas honorífica y ventajosa transacción diplomática de cuantas había ajustado la corona de España desde la de San Quintín?» Y en verdad, aparte de la restitución ó de la reconquista de Gibraltar, única condición que faltó para que todo fuese completo, ¿á qué mas habría podido aspirarse por fruto de la paz ó de la guerra, que á revocar el ignominioso tratado de París de 1763, á asegurar la posesión de Menorca, á salvar nuestras colonias de América, á adquirir el dominio de las dos Floridas, y á enseñorear todo el seno mejicano?

Pero á vueltas de todas estas ventajas, surge otra cuestión de mayor trascendencia, que es á la que nos hemos referido antes. ¿Fué acertada la política de Carlos III, fué conveniente al porvenir de una nación que tenía tantas y tan vastas colonias en América, fomentar mas ó menos directamente la insurrección y la emancipación de los Estados Unidos, debilitando las fuerzas de Inglaterra y combatiendo al lado de la Francia? ¿Pudo influir este ejemplo en el levantamiento y en la independencia de las colonias españolas del Nuevo Mundo que al cabo de algunos años sobrevino?

II

Un moderno historiador del reinado de Carlos III á quien no puede negarse ni recto ni claro juicio, ni buenos y profundos estudios sobre este período, se aparta en este punto del comun sentir de los historiadores y de la opinión general de los políticos, y asevera de plano que no hubo enlace alguno entre la independencia de las colonias españolas y la guerra que produjo la emancipación de los Estados Unidos, y que ni un solo día se hubiera dilatado aquella aun cuando Carlos III presenciara inactivo esta lucha (1). Sentimos no poder estar de acuerdo con tan entendido y respetable historiador, pero sin que nosotros pretendamos que la independencia de nuestras colonias fuera una consecuencia precisa de la del Norte de América, sin que queramos suponer que necesariamente había de venir la una en pos de la otra, nos es imposible dejar de admitir la influencia lógica y natural del ejemplo. ¿Era cuerdo, y podía ser prudente en quien poseía tantos y tan vastos y extensos dominios en el Nuevo Mundo, algunos de ellos vecinos y limitrofes á las colonias sublevadas, proteger la resistencia de estas á la metrópoli y favorecer su emancipación, á riesgo de dar tentación á las que esto veían, y se hallaban en situación análoga, de imitar en ocasión oportuna y con igual esperanza la conducta de aquellas? ¿Y era verosímil, era siquiera posible, que ejemplo tan solemne fuera mirado con indiferencia ó pasara desapercibido de los americanos españoles?

¿Y qué fueron ya en aquellos mismos días las turbaciones del Perú y de Buenos Aires, que fué la sangrienta rebelión de Tupac-Amaru, de los Cataris y los Bastidas, qué fueron las horribles catástrofes de Tinta y de Oruro, del Cuzco y del Santuario de las Peñas, que fueron las trágicas escenas de aquella mortífera lucha, felizmente aunque no sin trabajo vencida y sofocada, sino chispas que, si no anunciaban, podían por lo menos presagiar otro mas voraz incendio? ¿Qué proclamaba el descendiente de los Incas, sino la emancipación del dominio de España, y á quiénes hicieron los rudos indios víctimas de su encono sino á los corregidores, y al clero, y á los gobernadores, y á otras autoridades españolas?

Ni negamos que la independencia y la libertad de los Estados Unidos, como la de las otras grandes familias y regiones de América, ha sido ó pueda ser, bien que pasando por mas ó menos largas y penosas crisis, útil y provechosa á la humanidad en general; ni desconocemos que el destino de todas las grandes colonias, y en especial de las que están á inmensa

(1) Ferrer del Rio, en el capítulo 4.º del lib. V de la Historia del reinado de Carlos III.